

Al mismo tiempo nombró al General Méndez...

En la tarde del día 19 de febrero...

Las palabras de los imperialistas...

Al entrar el desgraciado monarca en Querétaro...

después de tantas dificultades, en medio de los alegres repiques de las campanas...

El 19 de febrero entraron las tropas imperialistas en Querétaro...

III.

ENTRADA EN QUERETARO.—EL GENERAL R. MENDEZ Y SUS TROPAS. QUERETARO Y SUS DEFENSAS.

Tal era la ciudad, donde iba a desarrollarse uno de los dramas más tristes de la historia contemporánea.

Al entrar el desgraciado monarca en Querétaro, después de tantas dificultades, en medio de los alegres repiques de las campanas...

CAPÍTULO V. LA CAIDA DEL IMPERIO

de donde no había de salir con vida, y que su brillante carrera, llena de esperanzas, había de terminar allí de la manera más trágica.

Luego que entraron en Querétaro las tropas que acompañaban al Emperador, la ciudad pudo contar, para su defensa, con el primer cuerpo de ejército, fuerte apenas de 5000 hombres, que hasta entonces había mandado el General Miramón.

A fin de reforzar este pequeño ejército y ponerlo en condiciones de combatir, se había ordenado oportunamente al General Ramón Méndez, quien operaba en Michoacán, evacuar ese Estado e ir con sus tropas a reunirse al ejército imperial.

El 20 de febrero ya estaba Méndez en Celaya, una pequeña ciudad que se encuentra a cinco horas de marcha de Querétaro, y allí se le unieron los 314 infantes y la importante división de caballería del Coronel Quiroga; y después envió a Santa Rosa, hacienda que está en el camino de San Luis Potosí, un puesto avanzado de caballería.

El 21 de febrero se encontraban las tropas del General Méndez en Apasco, no lejos de Querétaro, donde se dejó otro puesto de observación, a las órdenes del Coronel Almanza; y el día 22, a las dos de la tarde, entraron en Querétaro.

El ejército del General Méndez se componía de 2400 soldados de infantería, 1106 de caballería y 82 de artillería, o sean 3588 hombres. Además, traía de Michoacán: 2 cañones de 15 centímetros, 4 de proyectiles de 8 libras, 5 de artillería de montaña y de diversos calibres, toda clase de material de guerra y unas 800 cabezas de ganado.

La entrada de este ejército ofrecía un aspecto muy particular, y nunca soberano alguno había revistado tropas como las allí presentes. Eran lo más

selecto y aguerrido del ejército, en las que había dejado sus huellas las penalidades de cerca de año y medio de campaña; su equipo estaba en un estado verdaderamente desastroso; se veían jinetes que llevaban sus cartucheras sujetas al cuerpo desnudo, mientras que la camisa, única prenda de ropa que cubría la parte superior de su cuerpo, ondeaba en el aire, toda desgarrada; otros, llevaban en los pies simples guaraches, con las espuelas sujetas al talón desnudo. Contrastaban notablemente con los trajes su continente altivo y el orden perfecto con que desfilaron ante el Emperador; y, de no haber sabido qué clase de gente eran, se les hubiera podido tomar por una horda de bandidos bien disciplinada.

El General Ramón Méndez, indio de raza pura, era uno de los más ardientes y celosos defensores del Imperio y muy adicto al Emperador, a quien debía el rápido ascenso en su carrera militar.

Una de las personalidades más originales del ejército imperialista era el General Calvo, un veterano en toda la extensión de la palabra. Después de haber servido a más de una docena de presidentes, había llegado a ser defensor entusiasta de la causa imperialista. En combates anteriores, había perdido su pie derecho y su brazo izquierdo, y, además, estaba parálítico del brazo derecho. Su hijo, un muchacho de doce años, era su compañero inseparable, pues a causa de su total desvalimiento, le era enteramente necesario.

Cuando el General Calvo pasaba revista a sus tropas, su hijo sacaba el sable de la vaina y lo colocaba en el rígido puño del anciano, quien todavía arengaba a sus soldados con entusiasmo juvenil.

El 23 de febrero se comenzó a ampliar y a poner en buen estado las defensas y fortificaciones de

la ciudad. Querétaro, capital del Estado del mismo nombre, se cuenta entre las ciudades mexicanas de segundo orden. De sus 30,000 habitantes, 12,000 son indígenas, que viven, la mayor parte, del producto de objetos que ellos mismos fabrican con sus manos. Las calles de la ciudad están trazadas regularmente; grandes plazas públicas con hermosos jardines, numerosos y bellos edificios, y un magnífico acueducto, hacen de Querétaro una de las más bellas poblaciones del país.

La opinión, generalmente extendida, de que Querétaro es una plaza bien defendida, resulta absolutamente errónea. Querétaro no es solamente una ciudad abierta, sino que en manera alguna está bien dispuesta para la defensa, porque se la puede dominar perfectamente por tres lados distintos, desde las montañas que se hallan a escasa distancia, circunstancia que deberá tenerse muy presente, para que se comprendan perfectamente los combates que se libraron para tomar la ciudad.

Ciertamente que el plan de campaña no limitaba las operaciones militares a Querétaro; esta ciudad se tomó como base primera de operaciones, y, en el peor de los casos, si la suerte era adversa a las armas imperialistas, debía constituir un apoyo bastante fuerte para poder pasar de una malograda ofensiva a una vigorosa defensiva.

Contando los soldados que acaban de llegar, del General Méndez, el total de las tropas imperialistas apenas llegaban al número reducido de 8515 hombres, por lo cual era imposible pensar—ni aun contando con los refuerzos que se esperaban de México—en apoderarse de todas las alturas circunvecinas y defenderlas, lo cual hubiera hecho a la pla-

za casi inexpugnable; pero el pequeño ejército estaba completamente diseminado y no podía bastar, ni con mucho, para defender eficazmente tan ancho campo contra el enemigo que se aproximaba y que debía ser, según toda probabilidad, mucho más poderoso.

Los arrabales de San Sebastián y de San Luis debían ser ocupados y considerarse parte del círculo de defensa de Querétaro.

Por principio de cuentas, hay que hacer notar que es imposible que las fortificaciones de Querétaro se juzguen con los mismos datos numéricos con que se aprecian las fortalezas modernas de Europa. Por falta de tiempo, de materiales y de trabajadores, sus fortificaciones eran del todo rudimentarias, como es todo lo del país, aunque quisiera no decirlo, y apenas hubieran presentado alguna resistencia a los medios de sitio de los ejércitos europeos; en cambio, servían bastante contra los medios de que disponía el ejército republicano.

Los principales puntos de apoyo de la línea de defensa, eran el Cerro de las Campanas y el Convento de La Cruz.

El Cerro de las Campanas es una colina de 200 pies de altura, situada al poniente de la ciudad, a unos 300 pasos de distancia, la cual, según la tradición, servía de templo en la antigüedad; durante la guerra de independencia fué atrincherada y servía de punto de observación, desde la cual vigilaban los españoles los caminos de San Miguel y de Celaya. Hacia el oeste de esta colina se extiende una llanura considerable, con cerros bajos de uno y otro lado, y sigue enteramente plana hasta León, interrumpida sólo por algunas elevaciones del terreno,

en el cual se hallan las haciendas de Jacal, San Juanico y Carrillo. Los campos están cruzados por muchos fosos anchos y profundos, que constituyen un gran estorbo, si no para la infantería, sí para la caballería y la artillería.

Enfrente del Cerro de las Campanas y en el extremo opuesto de la ciudad, en consecuencia hacia el oriente, se halla el Convento de La Cruz, una de esas construcciones monumentales, de arquitectura española, tan comunes en el país, edificada en una extensa llanura; tiene muchos corrales, rodeados de altos muros, a propósito para una vigorosa defensa; pero con el único defecto de requerir mucha gente para verificarla. Además, el Convento puede dominarse por medio de la artillería, desde las escarpadas sierras de la Cuesta China, que se encuentran casi paralelas, y de cuyos flancos descien- de el Camino Real para México.

Colindando con la parte norte de Querétaro, encuéntranse los arrabales de San Sebastián y San Luis, que se extienden de oriente a poniente, separados de la ciudad propiamente dicha por un riachuelo de muy poco fondo, llamado Río Blanco, que nace en la Sierra Gorda y que cuenta solamente con un puente.

Como se indicó anteriormente, se abandonaron los arrabales y puntos de la ciudad cuya posesión no era imprescindiblemente necesaria para la defensa de la ciudad, a fin de que las tropas, cuyo número era insuficiente, no estuviesen demasiado diseminadas. El puente del Río Blanco sí se dispuso para la defensa, y un poco adelante, en el barrio de San Luis, existe un mesón, muy sólidamente construido, que también se fortificó con cuidado. Las casas que

se encuentran alrededor del río fueron provistas de troneras, se pusieron barricadas en las embocaduras de las calles y todo quedó en buen estado de defensa.

Enfrente de toda esta línea, más allá de los arrabales y hacia el norte, extiéndense, a pequeña distancia, las lomas de San Pablo y de San Gregorio, coronadas por una iglesia y varias casas.

La parte sur de esta línea de defensa tenía en su centro la Alameda, jardín que tienen todas las ciudades importantes de México; en su flanco izquierdo tenía la iglesia de San Francisquito, en su flanco derecho la Garita de Celaya, por todo lo cual presentaba ventajas de resistencia, y, además, estaba parapetada con un simple muro de adobes (ladrillos de tierra secados al sol.)

Como fuerte avanzado, y a la distancia de un tiro de fusil, se encuentra la famosa Casa Blanca, que es una construcción enteramente aislada.

Frente a la parte sur de la línea y en dirección casi paralela, se extiende el Cerro del Cimatarío, el más alto de los que se hallan alrededor de Querétaro, y entre él y la ciudad está la pequeña colina de Caretas.

De este bosquejo se desprende que la parte poniente del Cerro de las Campanas se halla rodeada de una llanura abierta, y las demás partes de la línea de defensa se dominan más o menos desde las sierras cercanas, las cuales están en dirección casi paralela; de modo que la ciudad puede alcanzarse hasta con artillería ligera. La iglesia de San Francisco, que está en el centro de la ciudad y contigua a la Plaza Principal, se dispuso también para la defensa, instalándose en sus sótanos una especie de Arsenal o depósito de municiones. El Convento y

otros departamentos pertenecientes a la iglesia se arreglaron para hospitales.

De la ciudad salen cinco caminos, que se dirigen al oeste; el principal, por donde se esperaba la llegada del enemigo, está a la izquierda del Cerro de las Campanas y conduce al Pueblito; el segundo a Celaya, el tercero a San Juanico, otro a Carrillo y, por último, el camino real para San Miguel Allende.



IV.

PLAN DE BATALLA DE LOS IMPERIALISTAS. —AVANCE DE LOS JUARISTAS.—OFENSI- VA DESISTIDA DEL EJERCITO IMPERIA- LISTA.—CARTA DEL EMPERADOR A AGUI- RRE.

El 24 de febrero se verificó un Consejo de Guerra, presidido por el Emperador y en el cual tomaron participación los Generales Miramón, Márquez, Mejía y Vidaurri. Se acordó formar una Brigada de Reserva, mandada por el General Méndez, a las órdenes inmediatas del Emperador.

La distribución de esta Brigada era como sigue:
INFANTERÍA.

Cuerpo de Ingenieros	96	hombres.
Primer Batallón de línea	552	"
Tercer Batallón de línea	507	"

Total 1155 "

CABALLERÍA:

1er. Regimiento de Caballería de la		
Emperatriz	456	hombres.
Escuadrón de Húsares Rojos	53	"
Escuadrón de Toluca	33	"
Gendarmería montada de México	20	"

Total 562 "